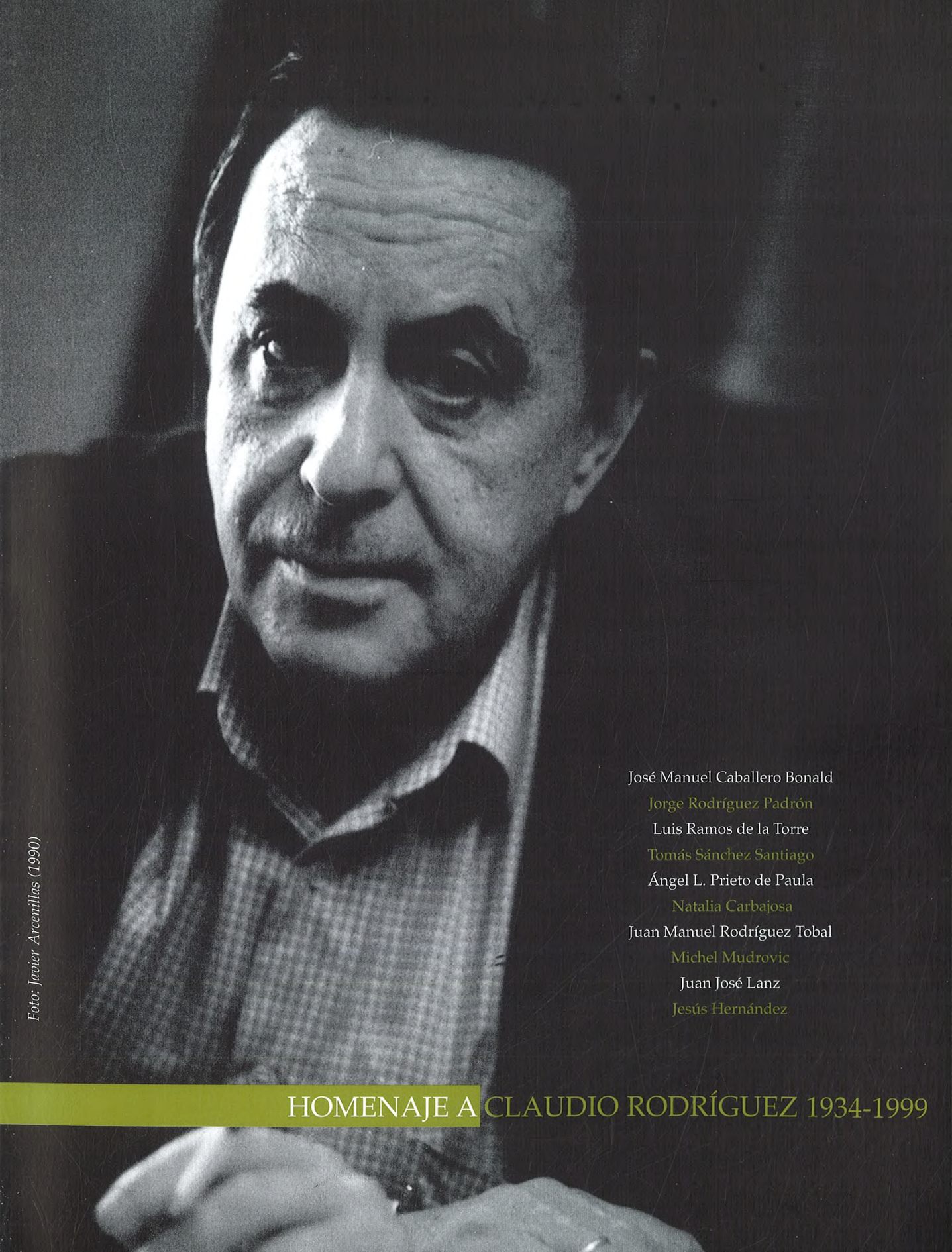


Foto: Javier Arcenillas (1990)

José Manuel Caballero Bonald
Jorge Rodríguez Padrón
Luis Ramos de la Torre
Tomás Sánchez Santiago
Ángel L. Prieto de Paula
Natalia Carbajosa
Juan Manuel Rodríguez Tobal
Michel Mudrovic
Juan José Lanz
Jesús Hernández

HOMENAJE A CLAUDIO RODRÍGUEZ 1934-1999



Claudio Rodríguez en 1935

Nuestro agradecimiento a CLARA MIRANDA, viuda de CLAUDIO RODRÍGUEZ, por su generosa aportación de algunos originales del poeta. Agradecimientos también al escritor TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO por su decisiva ayuda en la realización de este monográfico y a la BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO en Zamora, en la figura de su directora CONCHA GONZÁLEZ DÍAZ DE GARAYO, por la documentación gráfica que nos ha facilitado.



MEMORIA DE CLAUDIO

José Manuel Caballero Bonald

Leí *Don de la ebriedad* poco antes de conocer a su autor. Me acuerdo muy bien, sobre todo porque ese conocimiento vino a afianzar de inmediato una primera relación ideológica que acabó en afectiva. Era a fines del 55 y por entonces Claudio Rodríguez debía andar por el 4º curso de Románicas. Había participado en la organización de aquel primer Congreso de Escritores Jóvenes cuyo más inmediato objetivo era el de activar en la Universidad madrileña un primer foco de agitación política. Yo andaba también por allí, implicado de algún modo en aquellos movimientos universitarios que supusieron, sin duda, el punto de partida de una más amplia y regulada actividad de la oposición a la dictadura. Un día circuló por la Facultad una noticia alarmante. La noche anterior, cuando Claudio

se encontraba en la madrileña zona de Cuatro Caminos, se le acercaron dos individuos y lo obligaron a entrar en un portal, donde lo golpearon de mala manera. Al parecer, eran dos expertos en escarmentar a todos aquellos que estaban comprometidos con la lucha estudiantil antifranquista.

Aquella experiencia fue especialmente traumática para Claudio (aunque él nunca quiso hablar de eso) y a lo mejor incluso lo alentó a acabar la licenciatura de filología románica y ausentarse de España por algún tiempo. Recuerdo al Claudio juvenil de aquellos años como una persona bastante frágil, de difíciles apasionamientos, muy bien dotada para el cultivo de las utopías y con una especie de furtiva inocencia incrustada en las interioridades de su aventura vital. Como en su poesía, la exaltación de vivir alternaba en él con la insurrección ensimismada, con la salvaguardia de unos réditos culturales que él consideraba irrevocablemente congénitos. Yo no lo traté demasiado entonces. Sólo cuando apareció su segundo libro, *Conjuros*, en el 58, compartimos con cierta asiduidad aquellas andanzas tediosas, preferentemente nocturnas, por un Madrid que aún tenía bastante de inhóspito inventario de la posguerra y que nosotros procurábamos contrarrestar de muchos precarios modos. Claudio no tardó ya en trasladarse como lector de español, primero a Nottingham y luego a Cambridge, donde permaneció algunos años.

Viene todo esto a cuento porque la evocación, aunque sea de manera apresurada, de esas ocasionales coincidencias me parecen relevantes no ya a efectos biográficos sino estrictamente poéticos. La historia cotidiana -la compleja historia cotidiana- siempre ha supuesto para Claudio la posibilidad de ir almacenando materiales aptos para ser convertidos en palabra escrita. La búsqueda de equivalencias entre la tortuosa información de la vida y la experiencia del poema, determina el nutriente principal de una poesía tan clara y emocionante, airosamente levantada sobre los cimientos de las grandes o pequeñas peripecias de cada día. En tanto que vehículo de conocimiento y, a la vez, de comunicación, Claudio hizo siempre de la poesía una forma de justificación personal, un medio para encontrar las claves de sus dramáticos monólogos interiores y sus confidenciales diálogos con los demás.

Dentro del difuso clima poético español de los primeros años 50, la aparición de *Don de la ebriedad* (1953) fue sin duda un hecho deslumbrante, de insólita anticipación, no sólo en términos de estilística. El merodeo hacia la exactitud de que hablaba el propio Claudio, se alía en ese libro a una extraordinaria indagación en ese enigma que, para entendernos, llamamos realidad. Todos sus restantes libros de madurez dependen un poco del que escribió siendo casi un adolescente.

Tampoco es raro que ocurra así. Las constantes lingüísticas y argumentales son esclarecedoras en este sentido y configuran un *corpus* que aún no ha perdido ni un ápice de su vigencia y que supone uno de los más sólidos ejemplos de exploración en las canteras expresivas de la poesía llevados a cabo entre nosotros en la segunda mitad del siglo XX.

Claudio se trajo de su estancia en Inglaterra un nuevo libro, *Alianza y condena* (1965). La voz, la modulación verbal del poeta era la de siempre, pero había allí como un nuevo ahondamiento reflexivo, una más aquilatada tendencia a concederle al poema el beneficio de la ambigüedad, lo que -para mi gusto- acrecienta su acopio de sugestiones, aunque no de sabidurías, que esas permanecieron inalterables. Pienso además que, a partir de ese libro, cada poema de Claudio parece producirse por la superposición de otros varios. Quiero decir que tienen algo de estrofas encadenadas, de fragmentos consecutivos de una unánime aventura indagatoria por los arrabales de la experiencia. No descarto la suposición de que el poeta iba escribiendo estrofas sueltas de un poema futuro en los momentos y circunstancias más dispares y que luego, al cabo del tiempo, reunía y ordenaba esas porciones según una secreta estrategia estructural. De acuerdo con los resultados, se trataba de un muy razonable procedimiento compositivo.

En su "Introducción" a *Desde mis poemas* (1983) se refería Claudio a esa "tensión entre la subjetividad y la objetividad" que regula el movimiento de toda su obra poética. Es cierto. En esa tensión se estabilizan de algún modo los vínculos entre el yo del poeta, es decir, los sujetos de su poesía, y los destinatarios de esa poesía. La solidaridad se funde entonces con la introspección en un mismo foco de luces y sombras, las mismas que definen también buena parte de la personalidad de Claudio. Profundizar en la propia realidad vivida vale aquí tanto como ahondar en la realidad de los otros. La eficacia participativa del poema adquiere así el prestigio moral de un veredicto.

Las figuras y paisajes de Castilla constituyen, como bien se sabe, uno de los grandes núcleos temáticos de esta poesía, ya sea de modo explícito o dosificado en una serie de tácitas referencias. Se ha hablado mucho de ese carácter rural que alienta en el fondo de toda la obra del autor de *Alianza y condena* y que tal vez sería mejor definir como de costumbrismo trascendido. Claudio, cuya experiencia urbana parece indisputable, no fue empero un poeta urbano, no perdió nunca esa especie de raigambre lugareña que él supo dotar de un temple adecuadamente universal. Desde el primer poema de *Don de la ebriedad*, las tierras castellanas adquieren un especial protagonismo poético, más evidente quizá en *Conjuros* (1958), donde la historia personal de Claudio se integra meridianamente

en la geografía general de Zamora. Entre "Hilando" y "El baile de Águedas", por ejemplo, cabe la memoria emocionante de una manifiesta fidelidad al horizonte nativo. Una vez más, se corrobora ahí la muy aireada máxima de que en el fondo de la provincia se encuentra siempre el sentido del mundo.

La claridad jubilosa en que se basa la poesía de Claudio gira a veces hacia la melancolía. Una especie de inclinación existencial que constituye otro de los secretos de la poesía del autor de *Don de la ebriedad*. Hay que entrar a saco en la memoria y rebuscar entre sus heridas para suturarlas, neutralizarlas por medio de la palabra. Aunque el arranque temático sea de lo más racional, el procedimiento utilizado entonces para su trasvase artístico puede adentrarse por los vericuetos del irracionalismo. Y de ahí surge esa extraña originalidad que -según Bousoño- fluye de toda la poesía de Claudio y que le confiere una personalidad independiente dentro del grupo del 50 y aun de toda la poesía española de la segunda mitad del siglo XX. Ese mozo de pueblo que a Claudio le gustaba ser y que contó de tan emocionante manera sus experiencias vividas, ha adquirido ya el rango de un paradigma que no ha hecho sino enraizarse cada vez más en el territorio de la poesía contemporánea nuestra.